

su hija Sinforosita—cuyo sólo nombre habría puesto en guardia a don Bernardo—interceptado por otra dama patricia, colorina fogosa y viva de ojos, llamada doña Rosarito, que trató inútilmente de conquistar al rico heredero de las dieciséis mil y tantas cuabras de «Las Canteras», cuyo corazón pertenecía a la hermosa hija del mulato Riquelme.

La madurez del autor, la conciencia con que ha desarrollado su labor, el dominio de recursos, matizados con donaire expresivo y fino humor, bien pagan todos una relectura.

Léase «El mulato Riquelme; es la obra que faltaba sobre nuestro héroe máximo.—JUAN LOVELUCK.



«LA NOCHE AGÓNICA», poemas, de *Mario Ferrero*.  
Ediciones Marsa, 1951

En una esmerada publicación con que se inician «Ediciones Marsa», Mario Ferrero nos entrega su segunda obra, «La Noche Agónica». Publicó en 1948 su «Capitanía de la Sangre», hoy agotada. Años, pues, hay entre una y otra, y ellos significan para su autor ejercicio, combates consigo mismo, diarias renunciaciones, porque el proceso creador es más bien algo angustioso que placentero. Es imposible que un verdadero poeta—y Ferrero lo es—permanezca ese lapso sin escribir copiosamente. Por lo que se columbra en los diez poemas que forman este volumen, en esos años fueron quedando atrás las vacilaciones primeras, las inseguridades; ahora ronda la madurez expresiva, el encuentro de un verdadero camino poético.

Según Juvencio Valle en el «Pórtico» que firma, Ferrero en su primer obra «actuaba... en penumbra»; ahora lo hace en plena luz.

Como a todo auténtico poeta, obsesionan a Ferrero la muerte, las sucesivas destrucciones—físicas y anímicas—que padece el hombre. Preocupación de índole metafísica tónica en nuestra mejor poesía desde Neruda hasta Gonzalo Rojas, aunque pluriforme en su expresión. El nombre del libro bien lo dice: noche, muerte; agonía, lucha tremenda entre la vida y la nada. Dolor auténtico, punzante, no malabarismos verbales sintácticos, tan comunes en nuestra joven poesía.

Y por lo mismo que es agónica de vida o muerte, la actual poesía de Ferrero se halla presidida por la simbología de la destrucción. Su propia vida es:

«... vida desatada en plumajes de muertes sucesivas...»

Encontramos a cada paso en nuestra lectura presencias relampagueantes de lo destruído.

La poesía chilena nueva ha seguido generalmente los dos grandes núcleos de influencia: uno Neruda, Huidobro el otro. Ferrero pertenece al primero, lo que no hace disminuir su calidad; él no es un simple epígono, hay demasiados materiales propios para que lo sea.

La muerte, pues, preside su poesía. El mismo lo proclama en «Floración del Sonámbulo»:

«Estoy aquí debajo de la muerte viendo pasar las  
máscaras,  
escuchando algo que crece lentamente hasta manchar  
los párpados  
hasta teñir de azufre los barcos vagabundos»...

Hay en los versos de Ferrero «torcidos ácidos» él se siente «carcomido de siglos» (nótese cómo lo obseden muerte y tiempo, maridados), hay «un gallo podrido», «una mosca esperando entre los huesos», etc. En el poema «Viaje con una lámpara», «el hollín de los muertos se mece en la llovizna». En otro, él mismo oye su muerte:

«Oigo flotar mi muerte de madera imprecisa,  
su perfil extinguido, sus cúpulas de mimbre,  
los látigos azules que *quema* el viento largo.  
Y el terror me estremece como a una sombra *seca*».  
(«Floración del sonámbulo»).

Esta constancia del tema de la muerte en la poesía de Ferrero muestra hasta dónde el poeta está obsediado por ella, hasta dónde es sincero. De ahí proviene la hondura de esta poesía. No hay en ella el dubitativo ser o no ser sino la categórica vivencia de la muerte, de la nada, que hace exclamar la más honda de las dudas, la del propio existir:

«*Tal vez ya no soy nadie.*  
Un hediondo pelaje, el filo de un espejo,  
un traje degollado en el armario»...

(«Los pasos blancos»).

Y sigue la quemante duda, la certeza de estar «solo y vacío»:

«Sólo sé que me duele tu arena en el espejo,  
que estoy solo y vacío como un *vino quemado*»...

(«El signo vacío»),

¿No pisa el propio territorio de la muerte cuando dice:

«Ya no tengo memoria ni esa luna de abrigo  
con que iba por el mundo durmiendo entre las hojas,  
me comieron el alma los pájaros andinos  
y mi vida es un hueco por donde sangra el agua?»...

(«Viaje con una lámpara»).

«La noche agónica» merece leerse y comentarse ampliamente; es obra de peso: nos muerden como ácido lento la soledad, la agonía, la muerte que en ella aparecen. Es suficiente para incluir a Ferrero en la clara luz de nuestros poetas definitivos.—J. L.